

De Dante y otras vite

ÁNGEL GÓMEZ MORENO
Universidad Complutense de Madrid
TERESA JIMÉNEZ CALVENTE
Universidad de Alcalá

A nuestro amigo Ottavio di Camillo

El *Trattatello in laude di Dante* o *De vita studiis et moribus viri clarissimi* es una muestra particular de *vita*, viejo género que, en latín o en romance, logró su ejecutoria de hidalguía gracias al Trecento italiano. Como unos cuantos hemos indicado (por lo que nos atañe en esa primera persona del plural, ahí están Ángel Gómez Moreno 1994: 226-241, en el capítulo «La biografía y las galerías de hombres ilustres»; y Teresa Jiménez Calvente 1994), la biografía, exenta o en el interior de una galería de semblanzas, se convirtió en una de las formas básicas de la literatura humanística, junto a discursos, epístolas y diálogos. En el caso que nos ocupa, hay que recordar que, además de Boccaccio, conocemos toda una línea de escritores que redactaron su propia semblanza del *Vate*, como fueron Filippo Villani, Giovanni Villani, Leonardo Bruni y Gianozzo Manetti; en esa lista que va desde las medianías del Trecento y se adentra en el Quattrocento, descubrimos que Dante, convertido en autor nacional por voluntad de la propia República, fue el único que gozó de un beneficio reservado hasta entonces al gran Mantuano, como se desprende del conjunto de las *vitae Vergilianae*. Lejos, muy lejos, queda el breve manejo de *vitae Homeri* (con la de Pier Candido Decembrio al frente de todas), las de Sócrates, Platón y demás filósofos antiguos o bien las que, en el Quattrocento, se dedicaron a Petrarca y Boccaccio, los otros dos miembros de la gran tríada literaria de la centuria previa.

Para la presente ocasión, conviene refrescar la memoria y tirar de ciertas anécdotas eruditas. Por ejemplo, sabemos que, cuando Boccaccio conoció a

Petrarca en Padua en la primavera de 1351, nuestro autor decidió abandonar la escritura en lengua vulgar para dedicarse a labores enciclopédicas con apoyo en el latín; no obstante, su admiración por Dante y su *opus magnum* permaneció viva y hasta procuró contagiársela a varios de sus amigos. A ese respecto, hay que recordar de nuevo que Petrarca, que nunca perdonó a Dante el hecho de que escribiera su *Commedia* en toscano, sólo se hizo con un ejemplar de la obra gracias a Boccaccio, quien le envió un códice junto con su epístola métrica *Italiae iam certus honos*. En ella, Boccaccio hace un encendido elogio del gran florentino, al igual que en los libros XIV y XV de sus *Genealogie deorum*, donde apuesta decididamente por la lectura y el estudio de los poetas contemporáneos (a estas alturas, sabemos mucho sobre la fortuna de esta obra y su traducción en el círculo del Marqués de Santillana, aun cuando las posturas sean diversas en lo que respecta a la influencia que esta obra boccacciana haya podido ejercer sobre el *Prohemio e carta* del noble castellano). Sus escritos *in honorem Dantis* se habían iniciado años atrás, en su *Amorosa visione*, pero sólo con las tres versiones del *Trattatello*, que ocupan toda su época de madurez creadora, adoptó el papel de un verdadero crítico literario. A este respecto, Boccaccio tuvo serias dudas sobre la idoneidad de su labor en torno a Dante: al fin y al cabo, él mismo estaba sirviéndose nuevamente del vernáculo para escribir sobre una obra vernácula, pues sólo en el *incipit* de la primera de las tres redacciones de la obra apeló a dicha lengua: *De origine, vita, studiis et moribus viri clarissimi Dantis Aligerii Florentini, poete illustris, et de operibus compositis ab eodem, incipit feliciter* (a diferencia de lo que hizo en su *De vita et moribus domini Francisci Petrararchi de Florentia*, compuesta íntegramente en latín); es más, en sus lecciones públicas sobre la *Commedia* apelaba también al romance, lo que algún contemporáneo sintió como una verdadera traición a las musas. Boccaccio acabó claudicando, según leemos en cuatro sonetos en los que canta la palinodia y se retracta del que presenta como un grave error en su vida profesional.

Centrémonos por un momento en la génesis del *Trattatello*. La primera versión la escribió entre 1351 y 1355 y se conserva en una copia autógrafa en la que sus compañeros de viaje no pueden ser más ilustres: la *Vita nuova*, la *Commedia* (con los *argomenti* en *terza rima* de Boccaccio) y quince *canzoni* dantescas (códice preservado en la Catedral de Toledo, ms. 104. 6). De ese modo, nuestro opúsculo hacía las veces de guía de lectura de Dante o de *accessus* a su *magnum opus*, al tiempo que elevaba al poeta a la categoría de clásico moderno. La segunda versión, revisada en dis-

tintos puntos, es de hacia 1360; la tercera, anterior a 1372. Por cierto, antes de seguir adelante, hay que recordar que, a la mentada epístola métrica, Petrarca respondió por medio de otra misiva, la que leemos hoy en *Familiari*, XXI, 15; en ella, el de Arezzo manifiesta una postura ambigua, con un equilibrio verdaderamente difícil de mantener, sobre la poesía dantesca. Él, como en momentos el propio Boccaccio o en el futuro Leonardo Bruni (en la charla de Coluccio Salutati con Niccolò Niccoli en sus *Dialogi ad Petrum Histrum* o Pier Paolo Vergerio, donde el propio Niccolò primero critica y después elogia la figura de Dante), no podía sino reprochar a Dante el no haber caído en la importancia que tenía el latín en su programa nacional; frente a su opinión, la historia daría lugar a una formidable paradoja: el abandono del petrarquismo latino (sobre todo, el olvido del moralista del *De remediis utriusque Fortunae*, todopoderoso en toda Europa hasta los albores del Cinquecento) y el triunfo aplastante del petrarquismo vernáculo del *Canzoniere* en ese mismo espacio una vez entrado el siglo XVI.

Nunca, por lo tanto, llegó Petrarca a seguir los pasos de su nuevo amigo. Él no habría caído jamás en la tentación de leer públicamente a Dante, tarea ésta a la que se entregó Boccaccio en la iglesia florentina de Santo Stefano di Badia desde el 23 de octubre de 1373. El puesto, nacido a expensas de la propia cancillería de la República, lo ocupó hasta enero de 1374, mes en que cayó gravemente enfermo; por ello, sólo logró impartir un número aproximado de sesenta lecciones, a razón de una por día. A este respecto, hemos de lamentarnos además de que sólo nos haya llegado una pequeña parte de los materiales que preparó para la ocasión, ya que sus *Esposizioni*, hasta un total de 38 libros, se consideran perdidas desde hace siglos. Su labor acerca de Dante fue, por lo tanto, muy amplia; no obstante, el tiempo nos ha dejado —y no es poco— una única monografía sobre el asunto: el *Trattatello*. Ahora bien, la sustancia del *Trattatello* excede con mucho el mero propósito de exaltar la figura de Dante. En su brevedad, Boccaccio acumula un material de acarreo tan rico como instructivo, un puñado de ideas recurrentes (a poco, lugares comunes, según veremos) que se documentan en toda Italia entre Petrarca (por no calar más hondo, si nos lo proponemos, hasta alcanzar los tiempos de sus contemporáneos en el mismísimo círculo de los prehumanistas paduanos) y el Quattrocento tardío (y eso por pararnos voluntariamente ante la barrera del 1500). Como iremos comprobando, los testimonios españoles que apuntan en esa misma dirección resultan también de una notable riqueza, al menos desde los años del

primer Marqués de Santillana. De don Íñigo era seguramente, como sabemos, el manuscrito italiano que contiene el *Trattatello* en la Biblioteca de Osuna-Infantado, conservado desde finales del siglo pasado en la Biblioteca Nacional con la signatura ms. 10. 227.

Permítannos que, por unos minutos, pasemos revista a algunos detalles de este opúsculo que resultan verdaderamente reveladores cuando se consideran en un marco espacial y cronológico con la amplitud debida. Y no es la primera vez que llevamos a cabo esta operación; de hecho, en el pasado, el *Trattatello* arrojó no poca luz sobre la edición y estudio del *Prohemio e carta* del Marqués de Santillana llevada a cabo por uno de los firmantes de este artículo (Gómez Moreno 1990); años después, al redactar su citada monografía acerca del prehumanismo, protohumanismo o, lisa y llanamente, humanismo cuatrocentista castellano, este mismo estudioso se sorprendió nuevamente ante los continuos ecos de este opúsculo boccacciano; por fin, para esta ocasión, hemos llevado a cabo una revisión en profundidad del *Trattatello* y, acto seguido, lo hemos contrastado con algunas de las muestras más rotundas del género al que pertenece dentro y fuera de España. Al final, como veremos, se valida la afirmación de Luigi Sasso: «La vita degli uomini illustri diventa una sequenza di *topoi*, una teoria di luoghi comuni. Quel che di una vita può essere salvato dall'oblio finisce per assomigliare ad altri destini, per riversarsi lungo argini già segnati» (en el prólogo a su edición, Sasso 1995: XXV, de la que nos serviremos a lo largo de este trabajo); ahora bien, en el caso que nos ocupa, buscaremos esos lugares comunes en un espacio de mayor amplitud: no nos limitaremos a la serie de las *vitae Dantis* sino que indagaremos en diversas manifestaciones del género biográfico en un espacio cronológico que cubre un total de dos siglos, ya que alcanza a la segunda mitad del Cinquecento.

La apuesta de Boccaccio por la *vita* como patrón inicial no es de extrañar y encaja perfectamente en la producción de quien es uno de los grandes maestros en la composición de galerías de semblanzas; además, nuestro autor ya antes había medido fuerzas con el género en su forma exenta al redactar en latín el *De vita et moribus domini Francisci Petracchi* en 1341-1342. El rasgo más innovador es, con seguridad, el paso del simple retrato encomiástico a un verdadero tratado (aunque lo llame *Trattatello*, por su brevedad y por ese mismo deseo de mostrarse modesto que en el futuro llevaría al Marqués de Santillana a etiquetar como *Comedieta* su poema sobre el desastre de la casa real aragonesa en la batalla de Ponza en 1435) de diseño con mucho más ambicioso. Boccaccio aprovecha la ocasión —la redacción

de una biografía laudatoria o panegírica— para insertar reflexiones sobre asuntos muy diversos de orden moral, poético, histórico, filológico... Por añadidura, el carácter híbrido de esta nueva muestra de *vita Dantis* se refuerza al apoyarse en otro de los géneros predilectos del Humanismo europeo: la *oratio* en su variedad epidíctica, que sirve de marco para un congénere menor, una *laus urbis* dirigida a Florencia (la Segunda Roma de acuerdo con la idea que retomarán otros en el futuro, como Leonardo Bruni, frente al parecer de intelectuales como Lorenzo Valla); en espacio tan limitado, también cabe la forma invertida de este género, la *invectiva*, que dirige contra la misma ciudad de Florencia por la ingratitud que sus habitantes manifestaron con respecto de Dante.

En ese encuentro de formas literarias al uso, el *Trattatello* revela parte de su singularidad, resultante de superar el patrón del que parte. Por supuesto, sólo por el cultivo eficaz de esta forma, Boccaccio está en sintonía con lo más avanzado de la intelectualidad del momento, aunque no es nada fácil deslindar la biografía renacentista de su hermana medieval. El corte brusco con el pasado clásico y la resurrección del retrato sólo se muestran rotundos en el universo de las artes plásticas, con una formidable diversidad de personajes del presente y del pasado, civiles o religiosos, immortalizados en pintura, en escultura o, aquí a manera de relieve, en conjuntos arquitectónicos. La plasmación de la figura del prohombre por un artista que persigue immortalizarlo sólo se hace obsesiva desde finales del siglo XIV en adelante y, muy particularmente, dentro de la centuria siguiente, para expandirse a partir de cualquiera de los grandes focos difusores: el flamenco, el francés o el italiano. A este respecto, la pintura civil española entra en clara deuda con las corrientes citadas para alcanzar una posición de hegemonía y preeminencia en Europa un siglo más tarde, gracias a la corte imperial de Carlos V; en fechas previas, en la Península sólo cabe hablar de un pálido reflejo del fenómeno descrito en el caso de las cortes reales castellana, aragonesa y portuguesa. Contamos, eso sí, con un caso formidable de mecenazgo artístico, paralelo a su magna empresa cultural en clave libraria: el del Marqués de Santillana con respecto a Jorge Inglés, pintor e iluminador de libros al servicio de su casa (en ese sentido, el linaje de los Mendoza también se adelantó a otras casas nobiliarias, como ha procurado demostrar Gómez Moreno 2001); en esta ocasión tal vez quepa hablar de nuevo de rivalidad con el condestable don Álvaro de Luna, a quien Juan de Segovia immortalizó en la capilla de Santiago de la Catedral de Toledo (sobre el otro tipo de contienda, en términos puramente culturales, véase Carlos Alvar y Ángel Gómez Moreno

1988; más tarde, Carlos Alvar dio una versión ampliada de este trabajo para el *Homenaje a A. Roncaglia*).

La situación, como hemos dicho, es distinta en el caso de su pariente literario; de hecho, incluso la imprenta revela cómo el público culto del final del siglo XV fue responsable de la resurrección de obras medievales semejantes a los géneros de moda (son los nuevos géneros para el nuevo lector cuatrocentista a que se refiere Jeremy Lawrance en varios de sus trabajos y, particularmente, en Lawrance 1988). Al igual que ocurrió con las biografías exentas o en ramillete, el diálogo dio una segunda vida a la *altercatio*, el *debate*, el *contrasto* y sus formas hermanas en el Medioevo; por otra parte, el imperio de la epístola dio nueva vida a las viejas *artes dictaminis* en sus diversas modalidades, que, aunque criticadas por muchos humanistas, siguieron marcando la pauta de la práctica epistolar. Tal vez la mayor sorpresa la depara el combate de la nueva propedéutica latina —las *Elegantiae* de Valla y las *Introductiones* de Nebrija— con unos gramáticos de antaño a los que nunca lograron expulsar de sus dominios. El canon nefando ofrecido por ambos humanistas no se eclipsó tras su acometida; más bien ocurrió al contrario, como se desprende del éxito del *Doctrinale* de Alexandre de Villadieu en las postrimerías del siglo XV y aun en el siglo XVI (al respecto, indica Gómez Moreno 1994: 85, n. 98: «A lo que se me alcanza, fue Charles Homer Haskins el primero en recordar que ni Valla ni Nebrija eclipsaron al bárbaro Alexandre de Villadieu, como lo demuestran las 267 ediciones de su *Doctrinale* que este erudito reunió desde la primera imprenta hasta 1588, *The Renaissance of the Twelfth Century* [Cambridge, Harvard University Press, 1927], p. 138»; de hecho, su influencia pesaba tanto que incluso Nebrija decidió incluir unos versos en sus *Introductiones* a partir de la edición de 1495, la llamada *Recognitio*, que le depararon no pocas críticas, como las vertidas por Lorenzo Palmireno en su *Latino de repente* de 1573: «Lo que Antonio escribió en prosa, claro es; pero en verso, Dios me libre»).

Por supuesto, no deben escapárenos algunos rasgos distintivos de la biografía de nueva planta, como el hecho de que la educación del individuo sea una parte decisiva en el conjunto; a ese respecto, ni siquiera los modelos biográficos previos del *Tratattello* (como las *vitae Vergilii* de Servio o Donato) ni las formas más desarrolladas de *accessus* (en la sección de *persona* o *causa efficiens*) le dieron esa misma importancia. A una conclusión de este tenor se llega tras revisar los trabajos de A. J. Minnis y, en particular, tras contrastar la selección de pasajes en traducción inglesa reunidos por A. J. Minnis and A. B. Scott 1988 (donde, entre otras aportaciones de interés, se establece el

dantismo de Boccaccio en sus precisos términos: «Boccaccio's lifelong devotion to Dante expressed itself through an extraordinary range of literary roles: he was, by turns, a poetic imitator, a biographer, a transcriber and editor, a glossator, a commentator, and (finally) a lecturer, all *in honorem Dantis*», p. 453). En ese punto, se adivina una primera muestra de contaminación (y habrá otras) de la literatura hagiográfica sobre el *Trattatello*, pues son raras las vidas de santos que no cargan las tintas —y de un modo especialmente intenso— sobre la primera de las tres partes de que constan (la infancia y juventud del santo o de la santa de turno) y atienden con detalle a la formación recibida dentro y fuera de casa.

En un plano puramente laico, sólo la biografía heroica o militar hace otro tanto, para mostrar la fuerza y el coraje desde la niñez (como en la mayor parte de las leyendas heroicas románicas en su prolongación hacia los primeros años de vida del héroe) o bien para revelar cuánto puede la fuerza de la sangre (en derivaciones novelescas como el *Perceval* de Chrétien de Troyes o la leyenda cidiana allí donde nos ofrece al Rodriguillo vengador del romance que comienza *Pensativo estaba el Cid*; casos hay, incluso, en que ese espíritu belicoso pone de manifiesto un linaje desconocido hasta entonces, como se desprende de la leyenda de un Cid bastardo nacido de un parto gemelar por haber forzado Diego Laínez a una villana, motivo estudiado magistralmente por Samuel Armistead 2000). El énfasis desaparece, como ya se ha dicho, en la biografía laica, que a lo sumo saca partido del tópico *puer-senex* o se limita a verter alguna que otra anécdota, como la de ese Platón de verbo melifluo que, entre otros, nos recuerda el doctor Pedro Díaz de Toledo en su traducción del *Fedón* (el texto se lee en Mario Schiff 1905: 14, de donde lo tomamos, aun cuando añadimos acentos y llevamos a cabo algún que otro cambio):

E bien se mostró en su nacimiento quién avía de ser aqueste filósopho Plato, que segund escribe Valerio en el libro primero de las pronosticaciones, que seyendo niño Plato, estando en la cuna, las abejas vinieron a fazer panal de miel en su boca, de lo qual todos los sabios prenosticaron que aquel niño havia de ser muy suave e dulce en su fabla.

Aparte de pinceladas semejantes, en semblanzas como ésta no encontramos nada parecido a lo que nos ofrece el opúsculo boccacciano, cuyo énfasis en la infancia de Dante revela parte de su esencia literaria y de la deuda adquirida con las *vitae sanctorum* o las *vitae patrum*.

La biografía persigue inmortalizar al individuo, como bien sabemos. Cuando ésta se halla dispuesta en el interior de una galería de retratos, el artista puede rodearla con las vidas de los grandes clásicos del pasado cuando no de los prohombres del mundo contemporáneo, y hasta puede hermanar unas con otras, en una llamativa convivencia de antiguos y modernos. En las nuevas *vite* y en los retratos pictóricos del momento, percibimos un mismo empeño por ofrecer una imagen muy concreta, un verdadero arquetipo humano. La plasmación rotunda de este ideal es la de Federico de Montefeltro, Duque de Urbino, según aparece en las *Vite* del librero florentino Vespasiano da Bisticci y en un cuadro del Palazzo Ducale de Urbino atribuido a Justo de Gante y a Pedro Berruguete, donde se nos ofrece en todo su esplendor y con sus poderes: vestido como guerrero, con su hijo y uno de sus preciados libros (con la misma coraza, y el yelmo en el suelo, se ofrece en el retrato religioso *Virgen con ángeles, santos y Federico de Montefeltro* de la Pinacoteca di Brera de Milán). La mitificación del homenajeado, cuando resulta efectiva, perdura en ciertas recreaciones: valga como muestra la comparación del Alfonso V el Magnánimo que ofrecen Antonio Beccadelli y demás turiferarios con un cuadro pintado por Juan de Juanes un siglo más tarde, expuesto en otoño de 2000 por la Fundación Santander Central Hispano de Madrid; ahí, el rey es de nuevo un *miles vir*, con su espada en la mano y la corona real posada, significativamente, sobre un libro abierto.

Dante comporta también un mito inicial, del que dependen otros tantos: el retorno de las musas a Italia en nueva *translatio studii* tras recalar un tiempo en Francia; a ese respecto, no es insignificante el triunfo del sabio local sobre los intelectuales parisinos, apuntado aquí para Dante (recogido en el *Trattatello*) o en otros momentos para Petrarca; otro tanto se hará con varios intelectuales españoles, como Fernando de Córdoba, amigo de Valla y confesor del Magnánimo. De vuelta al motivo de la *translatio studii* por el tesón de un solo personaje, ésta fue una idea recurrente entre los allegados al Marqués de Santillana y prosperó al arrimo de un intelectual de la talla de Elio Antonio de Nebrija, también considerado por muchos como el verdadero debelador de la barbarie (en este sentido, cabe recordar el poema que le dedicó el humanista italiano Pedro Mártir de Anglería, *De Barbaria fugata*, donde describe en clave alegórica cómo Nebrija había podido desterrar de España a esa horrible dama que llevaba tanto siglos campando a sus anchas por la Península). De la misma naturaleza son los comentarios que Lucio Marineo Sículo (humanista afincado en España en los años de los Reyes Católicos)

vierte sobre Hernán Núñez, el Comendador Griego, pues había conseguido que España igualase a Italia en el dominio de las artes liberales. De acuerdo con el propio Marineo, Roma, por esos mismos años, debía sentirse honrada con su amigo Antonio Flaminio por su labor para mantener los *studia humanitatis* en la *Urbs*. Lo que más interesa de la *laus* de Marineo es la idea de que Flaminio ha sobrepasado a todos sus contemporáneos por entregarse al estudio desde la juventud (*epist.* III 24, 2, que se cita por la edición de Teresa Jiménez Calvente 2001: 285):

Fuit enim meus olim Panhormi contubernalis, cuius ingenium magnum, foelix, mirabile et rerum omnium capax, cuius vitae integritas et iucundissima consuetudo quamvis adolescentis me quidem non modo mirifice delectavit sed etiam plurimum iuivit. Erat enim totus deditus Musis, totus artibus ingenuis et immortalitati consecratus.

[Fue mi compañero en otro tiempo en Palermo, cuyo talento, grande, fértil, digno de admiración y capaz de todo, cuya integridad y agradable trato, aunque adolescente, no sólo me deleitaron sino que me agradaron sobremanera. Estaba entregado por completo a las Musas, consagrado por completo a las artes liberales y a la inmortalidad.]

Además, aquí, como en el *Trattatello*, tenemos una nueva muestra de la abnegación, entre heroica y santa, del sabio.

Otro tanto dice sobre el mentado Hernán Núñez, otro autor al que hemos atendido unos cuantos de nosotros en los últimos años. Se trata de Hernando Alonso de Herrera y lo hace, concretamente, en su *Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces*, transmitido en la vieja y benemérita edición de Adolfo de Bonilla y San Martín (Bonilla 1920), el sabio y trabajador catedrático de la misma institución en la que se celebran estas jornadas sobre Boccaccio en los años en que era conocida como Universidad Central:

Hernán Núñez, que por otro nombre se dize el Comendador, ombre nascido para letras y saber, con tanta ansia y quasi ravia dende su ternez asió de la sciencia que, escalentado de amor como el Platón, dos vezes peregrinó a las Italias, no para cargar de beneficios, como hazen los más, o para empringarse en rentas, mas la primera vez como abeja acuciosa para cojer el primor del latín en su misma floresta do nasce, para traerlo de tan lexis pastos acá; la segunda, para sacar de

cuajo y raíz los cinco lenguajes griegos y su antiguo conocimiento de cosas. Fue a darse un verde de lo griego, y no a darse a los vicios, y [...] no holgó, con su prestez de ingenio hasta que se vio docto en lo hebreo, caldeo y arávigo [...] quando ambos a dos, él y yo, estábamos en Granada, estava él enamorado del ayunar y desvelarse del beatísimo padre Sant Jerónimo, porque quasi nunca se le quitaba su libro de las manos, y queriendo él trasladar en sí las costumbres santísimas dél, todas las noches del año, quan luengo es, se le passavan sin cena.

Volveremos de nuevo sobre algunas ideas recurrentes que se cuelan en este opúsculo como antes en el *Trattatello* y en otros textos: junto al esfuerzo recompensado para el sabio y su patria, interesan sobremanera su liberación del ansia de riquezas y su autocontrol frente a la tiranía de los sentidos, particularmente la gula y la lujuria (aunque, en este punto, medie aquí un abismo con respecto a las biografías de Dante o Nebrija). Por fin, aunque no viene directamente a nuestro caso, tampoco está de más un pequeño homenaje a la genial María Rosa Lida de Malkiel, a quien se le escapó esta ficha en su magistral estudio del motivo de la abeja en la literatura española (Lida de Malkiel 1963).

El ensimismamiento del sabio presenta casos extremos, como el de Alfonso V el Magnánimo, en particular en los momentos en que Tito Livio salía a su paso. El autor del *Ab urbe condita* logró curarlo de sus enfermedades (lo mismo consiguió Petrarca leyendo a Cicerón y a San Agustín); de acuerdo con otros testimonios, concretamente el de Beccadelli, la salud se la devolvió en realidad la lectura de Quinto Curcio. En los anales queda memoria del día en que el Magnánimo se olvidó de comer por contemplar unas pinturas enviadas por el cardenal de Aquilea y aquel otro en que se despreocupó de espantar una mosca posada en su nariz al escuchar el magnífico verbo de Giannozzo Manetti, que hacía las veces de embajador de Florencia (y cabe sospechar que la fascinación no era sólo de orden estético sino que tenía una dimensión política, como recordaba Gian Galeazzo Visconti al referirse al verbo de Coluccio Salutati, más poderoso que todo un ejército: «Galeacius Mediolanensium Princeps crebro auditus est dicere non tam sibi mille Florentinorum equites quam Colucii scripta nocere»). Sin embargo, la lectura del historiador clásico estaba en el origen de casi todas estas enajenaciones pasajeras, como vemos en otras anécdotas. El ensimismamiento del sabio es uno de los lugares comunes olvidados por la

crítica, a pesar de que son abundantes sus muestras: entre la mítica muerte de Arquímedes (conocida por todos hoy como ayer al ser repetida por infinitos autores gracias al testimonio de Tito Livio y Valerio Máximo, entre otros tantos) y la magnífica estampa del Dante absorto que nos presenta el *Trattatello*.

En esos momentos, el sabio muestra su capacidad para abstraerse y concentrarse, lo que supone la suspensión temporal de al menos parte de los sentidos, subordinados por completo a la función primordial que compete a tal individuo, que no es otra que pensar. Ese ejercicio habrá de llevarlo a cabo en toda circunstancia, aunque se halle rodeado por una multitud vocinglera o, caso extremo, a pesar de que, a falta de la necesaria reacción, incluso ponga en peligro su vida (y viene de nuevo al presente el caso de Arquímedes). Sin embargo, el estudioso procura la soledad y la paz que tanto le conviene, como se repite en varias ocasiones, como cuando afirma: «Gli studii generalmente sogliono solitudine e rimozione di sollecitudine e tranquillità d'animo desiderare» (p. 15); o bien allí donde dice: «Egli, costumato, quante volte la volgar turba gli rincresceva, di ritrarsi in alcuna solitaria parte...» (p. 22); o en un comentario tan lacónico como puede ser: «Dilettoosi similmente d'essere solitario e rimoto dalle genti»; por fin, como veremos enseguida, las palabras que siguen revisten especial interés: «Ma, poi che vide essere vana la sua fatica, e conobbe gli animi degli uditori ostinati, credendolo giudizio di Dio, prima propose di lasciar del tutto ogni publico officio e vivere seco privatamente» (p. 26). En conjunto son muestras de uno de los tópicos de raigambre clásica más gratos a la Europa del Renacimiento: el del ocio provechoso, esto es el tiempo libre que se dedica al estudio. Y es que el estudio o, lo que es lo mismo, la lectura obraba maravillas en opinión de muchos, pues a Dante le abrió todas las puertas y a Cola di Rienzo le sirvió como único alivio en la cárcel de Aviñón según el *Rerum memorandarum liber* de Petrarca. La estela que se sigue en este último caso es la del *De consolatione Philosophiae* de Boecio o la de la leyenda de Bías que cuajará en el *De vita et moribus philosophorum* de Walter Burley; sólo por esta razón, no es de extrañar que el de Boecio fuese considerado como un hito de la Filosofía Moral de cuño cristiano (esa lectura en clave cristiana se arrastró desde los primeros siglos medievales), como tampoco sorprende que la estampa de Bías corresponda a la de tantos santos del panteón cristiano.

Retomemos todavía por un momento ese motivo: el del apartamiento del mundanal ruido que el sabio procura con el propósito de crear una atmósfe-

ra adecuada para darse al estudio. Evidentemente, esta estampa del retiro del estudioso, que trabaja en el silencio de la noche o busca la soledad del campo por temporadas, era conocida de sobra por cualquiera de los contemporáneos de Boccaccio por constituir un lugar común que encontramos, por ejemplo, en la biografía de Julio César, paradigma del ocio provechoso, ya que el general y estadista romano aprovechaba el silencio de la noche para escribir lo que le había acontecido en la mañana, según repiten innúmeros autores, como Nicolas Volcyr, traductor de Tito Livio al francés, o el Marqués de Santillana, en el proemio a sus *Proverbios*. Del mismo modo, ese auténtico ideal de vida se ofrecía en el *otium cum litteris* de Cicerón, omnipresente en todos los humanistas italianos y europeos tras su reivindicación primera por parte de Leonardo Bruni (al respecto, remitimos al formidable prólogo de María Morrás a su edición de Alonso de Cartagena [Morrás 1996]) y otros humanistas florentinos de la primera mitad del siglo XV, dentro del llamado «humanismo cívico», impulsado, entre otros, por Coluccio Salutati, maestro de Bruni, quien rescató el ideal del hombre público dedicado al estudio (sobre estos aspectos, siguen siendo fundamentales los numerosos estudios de Hans Baron, particularmente en su *opus magnum*, Baron 1966; para un excelente *status quaestionis* acerca del asunto, vid. Albert Rabil Jr. 1988).

En este sentido, no hay que olvidar que, frente a un Petrarca (y eso que tuvo dos hijos naturales) o un Boccaccio, Salutati, como antes Dante, fueron hombres casados con familia y con una profesión que les hacía participar de una manera activa en la vida pública; por ello, Boccaccio antepuso la figura de Dante, ya que logró descollar como poeta a pesar de que «quasi dallo inizio della sua vita infino a l'ultimo della morte, Dante ebbe fierissima e importabile passione d'amore, moglie, cura familiare e publica, esilio e povertà» (p. 15). Este ideal de la vida activa combinada con la contemplativa volvió a cambiar, incluso en Florencia, en la segunda mitad del siglo XV, ya en tiempos de los Médicis, como se pone de relieve en las *Disputationes Camaldulenses* de Cristoforo Landino (1475), donde se concede la palma una vez más a la vida alejada de las preocupaciones políticas y, para ello, se recurre de nuevo al ejemplo de Cicerón, quien, según Landino, alcanzó sus cotas más altas cuando se dedicó a la filosofía tras apartarse por completo de la vida pública. En definitiva, la estampa del sabio puesto al servicio de la cosa pública tampoco faltaba entre los intelectuales cristianos, desde los Santos Padres en adelante, ya se viviese en el siglo o se siguiese la dura senda de la vida eremítica, ya se procurase el bienestar

del común con lecciones universales, o bien se diese cuenta de la paz alcanzada de forma señera en la soledad y el estudio. A este respecto, el paradigma nos lo ofrece, ya en pleno siglo XVI, Fray Luis de León, cuando recuerda lo conveniente del tiempo otoñal para entregarse a la lectura y el estudio (aunque los «estudios» del v. 15 de la *Oda al licenciado Juan de Grial* puedan tener un sentido más amplio por tratarse acaso de un cultismo semántico). La cercanía del agustino con respecto al ideario transmitido por la *Vita* es mucho mayor, pues si Boccaccio expone el deseo de Dante de *vivere seco privatamente*, Fray Luis coincide con él por completo en su fascinante *Canción de la vida solitaria*, verdadero poema pórtico y compendio de la filosofía esencial luisiana (citamos por la edición de sus *Poesías completas* preparada por Cristóbal Cuevas 2000: 89-90, donde pone de manifiesto el linaje estoico del que es sin duda su norte vital, con Cicerón, Horacio, Virgilio y Séneca):

Vivir quiero conmigo;
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odio, de esperanzas, de recelo.

Esa declaración de principios, compendiada en *vivir quiero conmigo a solas*, es de idéntica naturaleza, aun cuando a alguien pueda antojársele que la tendencia al apartamiento en Dante era puramente intelectual mientras en Fray Luis ese mismo anhelo tenía unas raíces básicamente religiosas; por supuesto, lo que sabemos de ambos autores invita a eludir asociaciones tan simplistas como éstas y a hermanar esos dos testimonios gemelos. En lo que sigue, Fray Luis continúa con un ideal arcádico que nada sorprende ni en este poeta particular ni, en su conjunto, en el momento literario y artístico que le correspondió vivir.

En Italia, el motivo que nos interesa pesó muy mucho y se asoció a Dante a través de las *vite* a él dedicadas. En ellas, se apunta que al vate le gustó sobremedida la soledad por hallarla especialmente fructífera, aunque evitó distanciarse del mundo a la manera de los misántropos o de algunos locos (entre ellos, el *vesanus poeta* sobre el que tantas burlas se vierten desde el *Ars poetica* horaciana). El mito permaneció en Petrarca, particularmente en el *De vita solitaria* (1346) y en *De otio religioso* (1347), aunque también lo encontramos en sus *Familiares*; además, la búsqueda de un apartamiento en

la soledad amena de la campiña contó con una manifestación privilegiada en la obra de Boccaccio, gracias particularmente al motivo con el que se inicia el *Decameron*; a poco, el apartamiento del mundanal ruido se transformó en un lugar común por todos conocido, omnipresente al cierre del Quattrocento e inicio del Cinquecento. La capacidad reflexiva de Dante se potenciaba en el medio buscado; no obstante, su naturaleza lo inclinaba al estudio, como se percibía al contemplar su rostro, *malinconico e pensoso*, justo en un punto en que la *Vita* oscila de la prosopografía pura hacia rasgos más propiamente etopéyicos; la guinda, por fin, la ponía una potente memoria que, como era de ley, le había permitido arrasar a los sabios parisinos en la ardua disputa quodlibetal (el rasero de la Universidad de París se usó también en otras ocasiones para ponderar la capacidad de sabios como el español Fernando de Córdoba, amigo de Lorenzo Valla y confesor del Magnánimo, a su paso por París en 1444, en un episodio recordado por C. Fernández Duro 1887). Ya en el terreno de la pura descripción de sus costumbres, Boccaccio destaca la morigeración de Dante al comer y beber (característica del hombre de elevados principios, libre del pecado de la gula y de la nefasta dipsomanía, nunca más recuperada fuera de los mitos báquicos del pasado lejano) y el esfuerzo para resistir el sueño (en este sentido, cabe recordar también las palabras del propio Salustio en el prólogo a su *De coniuratione Catilinae*, donde, al describir los dos tipos de hombres que existen, recuerda que la vida de los que se dan a la comida y al sueño, «*dediti ventri atque somno*», no le merece ninguna estima, en clara contraposición con la vida de los que considera héroes, una idea que confirma el carácter tópico de estas afirmaciones en las descripciones laudatorias). Esa resistencia hermana su figura de sabio arquetípico con la de las otras dos categorías ontológicas perfectas de Max Scheler: el héroe y el santo.

En palabras de Vespasiano da Bisticci, también Giannozzo Manetti, al igual que Dante, Petrarca o Alfonso V el Magnánimo, se sometió a una rígida disciplina para sacar el máximo tiempo posible para el estudio; por ello, incluso se olvidaba de comer (aspecto en el que abunda en *Le Vite*, ed. Aulo Greco: 1976, II, 524) y hasta de dormir por su afición a la lectura («*il suo dormire non era più di cinque ore*»), para que le leyesen algún libro o para seguir las lecciones del maestro Girolamo da Napoli en el monasterio de Santo Spirito, con quien adquirió una sólida formación que enfocó sobre todo en Aristóteles y San Agustín. Del mismo modo, Alfonso de Segura, un discípulo español del siciliano Lucio Marineo o Lucas de Marinis, destacó estos valores en su maestro en su semblanza latina, que, traducida, suena como

sigue en el pasaje en el que se alude a su estancia en Palermo en plena juventud (*epist.* VI 2, 3; cf. Jiménez Calvente, 1994: 376):

Ubi praeter opinionem, nullis aetatis infirmae illecebris irritatus
(non enim facile est aetatem superare, quae prudentiae expers fere
libidinibus semper obnoxia est) vigiliis festas et profestas assidue
pernoctans tum discipulis adeo antecelluit tu praeceptorum eius virtus non
minus fuerit formidolosa quam caeteris omnibus admirabilis.

[Allí, frente a la opinión de todos, sin experimentar las tentaciones propias de su edad (pues no es fácil vencer una edad que, carente de prudencia, está casi siempre sometida a los placeres) y pasando las noches en vela, las de los días festivos y los no festivos, aventajó tanto a sus compañeros que su virtud no fue menos temible para su preceptor que admirable para todos los demás.]

Volvamos a un detalle biográfico que hemos dejado colgado en la alusión de Hernando Alonso de Herrera al Comendador Griego. Dante, como los indicados, evitó también los estudios lucrativos (42). Este motivo pesaba mucho gracias a la célebre anécdota ovidiana (*Tristia*, IV 10, 21-26), con un padre opuesto al estudio que se convierte en lugar común respecto de Petrarca en las biografías trazadas por Boccaccio (recordemos también cómo él mismo tuvo que padecer la presión de su progenitor, que pretendía arrastrarlo hacia el mundo de los negocios, como narra en un pasaje de sus *Genealogie deorum*, XV 10), Decembrio y Bruni, frente a una realidad desvelada por el maestro Giuseppe Billanovich que presenta a Gherardo Petracco alimentando la afición de su hijo por la lectura de una manera universal; esta misma página la leemos en la biografía de Giannozzo Manetti que Vespasiano da Bisticci nos ofrece en sus *Vite degli uomini illustri dal secolo quindici*, donde dice: «fecelo sanza consentimento del padre». La vida de Hernán Núñez debe mucho, como ya se ha señalado, a la que Antonio de Nebrija traza de sí en su *Vocabulario hispano-latino* de 1495:

Assí que en edad de diez e nueve años io fue a Italia, no por la causa que otros van, o para ganar rentas de Iglesia o para traer fórmulas del Derecho Civil e Canónico, o para trocar mercaderías, mas para que por la lei de la tornada después de luengo tiempo restituiesse en la possession de su tierra perdida los autores del latín, que estavan ia muchos siglos avía desterrados de España.

La morigeración de Marineo es destacada también en otro momento de la semblanza de su discípulo Alfonso de Segura, cuando afirma, en consonancia con otros escritos panegíricos (*epist.* VI 2, 9; cf. Jiménez Calvente, *Epistolarum...*, *op. cit.*, p. 378):

Quid in reliquis eius admirandam sapientiam referam? Id profecto vere dixerim, quas habuit partes Democritus in eo fuisse omnes. Nam quibus mortales dulcedine quadam alliciuntur, divitias ipse despicit, parvo contentus. Honores ridens iis nihil levius existimat. Tenuis enim victus, tenuis cultus, studium maxime, praeterea nihil delectat; postremo quae caeteri omnia eorum cupiditate et delectatione ducti et admirantur et rictu quodam erecto sequuntur, sapientia rarissima pro nihilo putat.

[¿Qué voy a contar de su admirable sabiduría en todo lo demás? Ciertamente podría decir aquello de que las partes que decía Demócrito están todas en él: contento con poco, desprecia las riquezas por las que se dejan seducir los mortales con cierta dulzura; riéndose de los honores, nada considera más insignificante que ellos. Se deleita con un parco alimento, parco vestido y muchísimo con el estudio; de lo demás, con nada. En definitiva, todas las cosas que los demás, llevados por su deseo o deleite, admiran y persiguen con rictus tieso, no las estima en nada con su peculiarísima sabiduría.]

Este motivo, que debe considerarse como el resultado del influjo ejercido por patrones heroicos y hagiográficos, impregnó las semblanzas indicadas y otras tantas correspondientes a hombres de letras. No obstante, no todo era morigeración y espíritu de sacrificio; de hecho, Boccaccio arremetió con no poco tacto contra Dante por su amor desmedido por las mujeres, por su natural lujurioso en la juventud y, lo que es peor, en la vejez (con todas las connotaciones negativas derivadas del *turpis senis amor* o lascivo amor del viejo); al respecto, las agredidas por el *Trattatello* son las pérfidas mujeres, en línea con otros tantos escritos del autor del *Corbaccio* y el *Decameron*. Curiosamente, idéntica es la estampa que conservamos de Elio Antonio de Nebrija, cuya virtud estuvo en entredicho por su afición desmedida al vino y a las mujeres. Los *Elogia Virorum Doctorum* de Paolo Giovio o Paulo Jovio incluyen a *Antonius Nebrissensis*, a quien el erudito italiano presenta con el mismo furor que Picasso (sus biógrafos y amigos nos hablan de un apetito sexual que mantuvo hasta sus

últimos días), sólo igualado por su celo creador (en Jiménez Calvente, 1994: 52-53):

Oppresit eum repentina paralysis, quum ad septuagesimum septimum aetatis annum pervenisset, tanto quidem corporis ingenique vigore tu nihil de studiorum labore omnino remitteret; et tu natura mulierosus ad supremum usque diem venereis uteretur.

[Una repentina parálisis le sorprendió cuando tenía setenta y siete años de edad, pero era tanto el vigor de su cuerpo e ingenio que no remitió en nada su entrega al estudio y, como era de natural mujeriego, hasta el último día hizo uso de los placeres del amor.]

Nada hay en Dante equivalente a la enofilia del humanista sevillano. Esta tacha de Nebrija se cuele en el retrato que del polígrafo ofrece el biógrafo del cardenal Cisneros, Alvar Gómez de Castro, aunque no en la *vita* latina del prelado (que Antonio Alvar Ezquerro conoce como nadie) sino en un documento inédito del Archivo Histórico Nacional (legajo 713) titulado *Memo-riales para la historia de Cisneros*. Aquí, en el fol. 214, se nos dice (Jiménez Calvente, *ibid.*, p. 63):

Antonio de Nebrissa morava par de la imprenta, y siempre que el Cardenal yva al colegio, encaminava por allí y estábase un rato hablando con él e él en la calle y Antonio en su rexa. Estava conçertado el Cardenal con su muger que entre día no le dexase beber vino.

Para concluir, cambiaremos de tercio para recordar que, a ojos de Boccaccio, Dante ennoblecó el italiano, como antes habían hecho Homero con el griego y Virgilio con el latín. Esta idea se repite obsesivamente en España, como ha demostrado Gómez Moreno en su libro de 1994 (en los capítulos que van del II al VII y, en especial, en V y VI, donde también se atiende al problema del *volgare*, fundamental en el *Trattatello*). El colofón a toda una larga serie de testimonios hispánicos lo pone nada menos que el comentario a Garcilaso que, en 1580, compuso ese formidable crítico y poeta que fue Fernando de Herrera. Tras largas disquisiciones sobre la lengua castellana, cimentadas sobre el principio nebrisense de que la lengua es compañera del Imperio, Herrera defiende la grandeza de Garci Lasso de la Vega, «príncipe de los poetas castellanos, en quien claro se descubrió cuánto puede la fuerza de un ece-

lente ingenio de España i que no es imposible a nuestra lengua arribar cerca de la cumbre donde ya se vieron la griega i latina si nosotros con impiedad no la desamparássemos» (p. 8 de la edición sevillana de Alonso de la Barrera). Al cierre, Herrera vuelve sobre la idea primera en un retórico estilo en consonancia con los elevados ideales que impulsan su pluma: «Incitaránse luego los buenos ingenios a esta competencia de gloria i veremos estenderse la magestad del lenguaje español, adornada [*sic*] de nueva i admirable pompa, hasta las últimas provincias, donde vitoriosamente penetraron las vanderas de nuestros ejércitos» (p. 12).

En el trabajo que aquí concluye no hemos dado cabida a otros asuntos que la crítica, con toda razón, ha considerado seminales, como la reivindicación de la poesía en su conjunto o de la ficción poética como mecanismo de creación, aspectos que preocupan a Boccaccio desde la primera versión del *Trattatello* y que desarrolla extraordinariamente en la tercera y última. A este respecto, nos sentimos aligerados de esta responsabilidad por cuanto ya hemos tratado estos problemas en varios lugares y, además, porque constituyen el epicentro del libro de nuestro buen amigo Julian Weiss (Weiss 1990). La persecución de este ideario en tierras de Castilla nos ha demostrado cómo se fue perfilando a partir de Boccaccio y, en especial, gracias a la labor de uno de sus continuadores, Benvenuto Rambaldi da Imola, cuyo comentario fue traducido al castellano dentro del círculo del Marqués de Santillana. Por ésa y por otras vías próximas, muchas de tales ideas llegaron de forma directa a don Íñigo López de Mendoza y su círculo; de ahí en adelante, los caminos en tierras de Castilla fueron varios. De hecho, motivos hay que parecen haber nacido a partir de un contacto directo con la culta Italia; no faltan tampoco casos, sino al contrario, en que los postulados boccaccianos coinciden con los que se reflejan en otras autoridades del Trecento y el Quattrocento, italiano y europeo en definitiva; en último término, algunos de los ingredientes que hemos destacado en el *Trattatello* formaban parte ya o pasaron a formar parte más tarde del acervo cultural europeo, con el modelo de las *vitae* clásicas, con la poderosa influencia del *accessus* o las leyendas hagiográficas, y con el desarrollo de unos determinados ideales en un caldo de cultivo propicio; por no negar posibilidades, ni siquiera descartamos la poligénesis en alguna que otra ocasión. En cualquier caso, lo sorprendente es que, en su brevedad, el *Trattatello* sea capaz de aglutinar todos esos datos culturales y de sublimar un ideario que, de ahí en adelante, brindó algunas de las señas de identidad características del Humanismo —de sus artífices y de sus mentores— en toda Europa.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR, C. y Á. GÓMEZ MORENO (1989): «Traducciones francesas en el siglo XV: el *Árbol de Batallas* de Honoré Bouvet», en J. César Santoyo (ed.), *Fidus interpres. Primeras Jornadas de Historia de la Traducción*, León, Universidad de León, I, pp. 31-37.
- ARMISTEAD, S. (2000): «Dos tradiciones épicas sobre el nacimiento del Cid», en *La tradición épica de las «Mocedades de Rodrigo»*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 17-30.
- BARON, H. (1966): *The Crisis of the Early Italian Renaissance*, Princeton, Princeton University Press.
- BONILLA Y SAN MARTÍN, A. (1920): «Un antiaristotélico del Renacimiento Hernando Alonso de Herrera y su “Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces”», *Revue Hispanique*, 50, pp. 1-137.
- CUEVAS, C. (ed.) (2000): *Fray Luis de León, Poesías completas*, Madrid, Castalia.
- FERNÁNDEZ DURO, C. (1887): «Un español del siglo XV tenido por Ante-cristo», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 11, pp. 175-180.
- GÓMEZ MORENO, Á. (1994): *España y la Italia de los humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos.
- (2001): «Don Íñigo López de Mendoza, sus libros y su empresa cultural», en *El Marqués de Santillana (1398-1458). Los albores de la España Moderna*, vol. III: *El Humanista*, Santander, Consejería de Cultura de Cantabria, pp. 59-81.
- GRECO, A. (ed.) (1976): *Vespasiano da Bisticci, Le Vite*, Florencia, Istituto Nazionale di Studi sul Rinascimento.
- JIMÉNEZ CALVENTE, T. (1994): «Nebrija en los *Virorum doctorum elogia* de Paulo Jovio», *Revista de Filología Española*, 74, pp. 41-70.
- (ed.) (2001): *Lucio Marineo Sículo, Epistolarum familiarium libri XVII*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.
- LAWRANCE, J. (1988): «Nuevos lectores y nuevos géneros: apuntes y observaciones sobre la epistolografía en el primer Renacimiento español», en V. García de la Concha (ed.), *Academia Literaria Renacentista, V: Literatura en la época del Emperador*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 81-99.
- LIDA DE MALKIEL, M. R. (1963): «La abeja: historia de un motivo poético», *Romance Philology*, 17, pp. 75-86.
- MINNIS, A. J. & A. B. SCOTT, with the assistance of DAVID WALLACE (eds.) (1988): *Medieval Literary Theory and Criticism c. 1100-c. 1375. The Commentary Tradition*, Oxford, Clarendon Press.
- MORRÁS, M. (ed.) (1996): *Alonso de Cartagena, Libros de Tulio: De senetute. De los Ofiçios*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.

- RABIL, JR., A. (1988): «The significance of “civic humanism” in the interpretation of the Italian Renaissance» en ALBERT RABIL, Jr., *Renaissance Humanism. Foundations, Forms and Legacy* (Filadelfia, Univ. of Pennsylvania Press), I, pp. 141-174.
- SASSO, L. (1995) (ed.): Boccaccio, *Trattatello in laude di Dante*, Milán, Garzanti.
- SCHIFF, M. (1905): *La Bibliothèque du Marquis de Santillane*, París, Bouillon.
- WEISS, J. (1990): *The Poet's Art. Literary Theory in Castile c. 1400-60*, Oxford, The Society for the Study of Mediaeval Languages and Literature.